

BERTA MIR DETECTIVE

**EL CASO DEL
MARTILLO BLANCO**

JORDI SIERRA I FABRA

Siruela

Las Tres Edades **Serie Negra**

1

El calabozo olía mal.

Eso era lo peor.

Porque si cerraba los ojos, dejaba de ver, y si me tapaba los oídos, dejaba de escuchar, pero de ningún modo podía dejar de respirar.

Sudor, un vómito en un rincón, alguien que se había orinado encima con la primera bofetada o el primer golpe de porra.

Cómo dolían las malditas porras...

Me restregué el trasero.

Por lo menos era la parte más blanda de mi cuerpo.

Miré a la chica que estaba sentada a mi lado en el suelo. Una de las afortunadas, como yo, porque el hacinamiento obligaba a que muchos permanecieran de pie. Tendría unos dieciséis años, quizás menos, así que lo más probable era que su padre le diese otra tunda al salir. Por eso no paraba de llorar, con los puños apretados y toda la rabia de su impotencia asomando por cada poro de su piel.

—Hijos de puta, hijos de puta... —repetía una y otra vez.

A la chica un golpe le había estropeado un poco su bonito rostro. El hematoma ya se coloreaba con todo su esplendor en la mejilla derecha. Llevaba el cabello

corto y una camiseta en la que podía leerse el lema: «¿Quién dice que no tengo futuro?».

La generación sin futuro.

Mi generación.

Quise animarla, pero no tuve fuerzas.

¿Quién me animaba a mí?

Me tropecé con la mirada de uno de los chicos que permanecía de pie, aunque apoyado en la desconchada pared, que más parecía una comisaría del tercer o el cuarto mundo que una del primero. Una mirada de secreta lujuria, porque no escondía nada. Sus ojos iban de una a otra, pechos, boca, manos...

Un estupendo lugar para hacer amigos.

La mezcla era heterogénea. Cabellos largos, cabellos cortos, pieles limpias, tatuajes, ropas cómodas, ropas de asalto, barbas cortas, maquillajes invisibles, sudaderas con capuchas para ocultarse... Algunos probablemente formaban parte de cualquier guerrilla urbana. Otros simplemente estaban allí por incautos.

Como yo.

La más incauta de todas.

–Eres tonta del culo –me había dicho ya un par de veces.

El chico de la mirada me sonrió con descaro.

Estuve a punto de responderle con el dedo medio de mi mano derecha disparado hacia arriba y fuego en los ojos.

Me abstuve.

Una nunca sabe lo que puede encontrarse en un lugar como ese.

Llené los pulmones de aire venciendo la repugnancia que sentía y en ese instante escuché aquella voz.

–¡Berta Mir!

Se me disparó la adrenalina y me puse en pie de un salto. La atención general se concentró en mi persona.

–¡Berta Mir! –repitió la voz, impaciente.

–¡Aquí!

Me abrí paso en dirección a la puerta. El policía de uniforme esperaba al otro lado de los barrotes. Algunas voces se agitaron a mi alrededor.

–A esta se le va a caer el pelo ya mismo.

–Qué va, la sacan y punto.

–¿Nos interrogan uno a uno?

–Será hija de alguien.

–Tendrá abogado.

Intenté hacer oídos sordos a los rumores, a favor y en contra. La puerta ya estaba abriéndose. La cara del agente, impertérrita, no mostró emoción alguna. Chica o no, atractiva o no, para ellos no éramos más que carne de cañón, los pringados que habían podido atrapar en medio del caos y el tumulto organizado por las guerrillas urbanas y los grupos revienta-manifestaciones. Si formábamos parte de ellos o no era otra cosa. Estábamos allí, en la cárcel, así que por algo sería.

Ningún policía detenía a un inocente.

Ese era su argumento.

–Vamos –me soltó, igual que si me disparara, nada más cerrar la puerta del calabozo.

No miré hacia atrás.

Acompañé al agente por un pasillo, una escalera, otro pasillo y, finalmente, una especie de recepción, aunque desde luego era cualquier cosa menos eso. Allí me entregaron lo que me habían quitado al encerrarme: el reloj, el móvil, la documentación y hasta los cordones de las zapatillas deportivas, no fuera a ser que me diera por ahorcarme. Lo primero que hice fue comprobar la hora.

Suspiré, porque aún estaba a tiempo.

Luego comprobé si tenía alguna llamada.

Ninguna.

Ningún cliente con el que recuperar el pulso del trabajo.

No tuve mucho tiempo para ponerme el reloj, y menos para colocarme los cordones de las zapatillas. Me

guardé la cartera y el móvil y seguí al agente a la fuerza, porque me tomó del brazo hasta conducirme a otra puerta.

La última.

Al otro lado me esperaba Alfredo Sanllehí.

–Toda suya, inspector –dijo el policía.

–Gracias.

Luego nos quedamos solos, nos miramos un breve, muy breve instante, y él echó a andar.

Tuve que dar tres pasos rápidos para ponerme a su altura, todavía con los cordones de las zapatillas en la mano.

No le veía desde poco antes del verano, cuando el caso del chantajista pelirrojo, y estaba como siempre, igual, elegante, serio, como si cada noche se congelara para descongelarse al día siguiente, o durmiera en una cámara hiperbárica. Parecía cualquier cosa menos un inspector de policía. Un tenista o un ejecutivo. Su atractivo residía en ello. Era parte de un mundo cerrado. Su mundo.

Impenetrable.

–Gracias –me rendí a los pocos pasos.

–Menos mal –suspiró Alfredo.

–Lo siento.

El silencio se mantuvo unos metros más, casi hasta llegar a la calle.

–No sabía a quién llamar –me excusé.

–No te preocupes. –Mi compañero se detuvo y miró a su alrededor–. Solo van a estar haciendo comentarios un par de semanas, hasta que se les pase.

–¿Tan malos son?

–Peor.

–Vaya. –Me sentí abatida.

–Bueno, por lo menos dirán que tengo buen gusto, porque lo de que eres mi prima no cuela.

Me ruboricé un poco.

Era la primera vez que me decía algo agradable, de hombre a mujer.

Y para alguien como yo, que no se siente atractiva, que se ve del montón, eso es importante.

Nos miramos el uno al otro, sin saber qué más decir.

–¿Vuelves adentro? –pregunté.

–No, es tarde. Me has pillado de milagro.

–¿No hay ningún asesino a quien perseguir? –quise bromear.

–¿No se te ha ocurrido pensar que estando tú en la cárcel hay menos riesgo de que pase algo?

–¡Lo sabía! –Me crucé de brazos, súbitamente seria y tensa.

–¿Qué sabías?

–Estás mosca.

–Una sutil forma de decirlo.

–¿Qué querías que hiciese, pudrirme ahí dentro en vez de llamarte?

–Sabes que no se trata de eso.

–¿Y de qué se trata? Ni que fuera un peligro público.

–Mira, Berta. –Se colocó delante y me taladró con ojos pálidamente agotados no exentos de dulzura–. Ya tiré la toalla con lo del loro y el tráfico de animales exóticos, y con lo del chantajista pelirrojo. Sé que no voy a poder contigo.

–Así que soy tu *peck in the neck*.

–¿Qué es eso?

–Tu grano en el cogote.

Alfredo Sanllehí soltó una bocanada de aire.

En sus ojos se acentuó el desasosiego que sentía.

–Un día te meterás en un lío de los gordos, te pasará algo, y entonces me sentiré culpable por no haberte impedido esta locura de jugar a detectives sin licencia y sin un mínimo de cordura profesional.

–Alfredo, sabes muy bien que o hago esto o me quedo sin nada, con mi padre metido Dios sabe dónde y la abuela y yo viviendo de beneficencia.

–Conseguirás que te maten.

–¡No seas melodramático!
–¡Esto no es un juego, maldita sea! ¡Ahí afuera –señaló la calle– hay gente que asesina sin pestañear!
–¡No te enfades! –Me desesperé.
–No me enfado –arrastró la penúltima vocal con un deje de impotencia–. Te respeto por lo que haces, sé que eres valiente y desde luego, nada tonta, pero soy inspector de policía.
–Eres mi único amigo.
Era casi una declaración de principios.
Otra larga mirada más.
–Adulto.
–¿Qué?
–Tu único amigo adulto.
–Sí, vale.
–Algo es algo. Aunque no sabía nada de ti desde hace un par de meses o más, ¿no?
–Estuvimos actuando en Cadaqués, y trabajo, en la agencia, ha habido poco.
–¿Por eso te dedicas a manifestarte y a pegarle a la policía?
–No es eso.
–Déjalo estar. –Levantó la mano para impedir que se lo contara–. ¿Dónde tienes la moto?
–En casa.
–Entonces te llevo, vamos. –Reanudó el paso.
–¿En serio? No pude creerlo.
–Sí, ¿qué pasa?
–No, no, nada. Es que...
–¿Prefieres coger el metro, o un autobús? Si te molesta que te vean con un *trajeao*... –usó el argot a posta.
–Que no, que no. –Troté a su lado en dirección al aparcamiento deseando ponerme los cordones de las zapatillas de una vez–. Es que me has pillado por sorpresa.
–He de ir por tu barrio, eso es todo.
–Ya.

Las miradas de algunos agentes de policía uniformados y de otros vestidos de paisano seguían convergiendo en nosotros. Alfredo las resistió estoico. Me di cuenta de que pasaba mucho de todo aquello.

Por primera vez me pregunté cuál sería el papel y la situación de Alfredo Sanllehí en el cuerpo de policía.

Era un buen inspector, de eso no cabía la menor duda.

Pero su hermetismo...

–Debes de estar pensando «menuda joya me ha caído encima».

–Menuda joya me ha caído encima.

–Venga, en serio.

–Todo te lo dices tú.

–¡Si es que me han trincado por...!

–Cállate y sube al coche. –Se detuvo junto a su vehículo oficial.

Me callé y subí al coche.

Treinta segundos después salíamos de la comisaría.